EN EL MAR DE DIRAC

Antonio Reina Salazar

Image not found.

Capítulo 1

«Y así, mi querido Gael, absuelta de una vez por todas, tanto de mi pasado como de un futuro incierto, fue como me convertí en una mujer libre e indeciblemente rica.»

Continúan desnudos y abrazados tumbados sobre un sillón junto a la piscina, amparados por la noche y un silencio tranquilo que no se atreven a romper. Hace ya un buen rato que María dejó de hablar, de relatar la historia de su vida, pero el eco de sus últimas palabras juega insistente con los recuerdos de Gael, resucitando en su mente las imágenes de aquella lejana tarde hasta que acaba por sumergirse en ellas.

Un hombre joven espera en el interior de un coche azul aparcado a unos cien metros de la casa. La impaciencia le consume, pues sabe que está a punto de dar un paso definitivo. Es una tarde de mayo, de esas que solo se ven en la ciudad con el mayo más bonito del mundo. La luz dorada y el olor del mismo aire conjuran para ofrecer un espectáculo propio de una pintura de Sorolla. A pesar de los nervios, contempla la escena consciente de que la gente que se mueve por las zonas de alrededor es incapaz de reparar, al menos en apariencia, en la increíble belleza de ese instante tan único como irreversible.

Aunque es una calle poco transitada, un niño con uniforme, que debe venir del colegio, pasa corriendo junto a él perseguido por otros dos que le gritan que pare. Detrás una señora, seguramente madre de uno o de todos ellos, clamando a su vez para que miren antes de cruzar. Son la nota que rompe, y a la vez complementa, la perfecta sinfonía para los sentidos compuesta por la ciudad, especialmente para ese momento.

Incluso cuando la tiene delante, más que verla la imagina. La adora. En este momento, sentado y a su espera, la idealiza más aún. Con los ojos entornados recrea las formas que dibuja su cuerpo al moverse y el perfume tenue que juega entre su cabello, como una espiral de brisa apenas perceptible al pasar a su lado.

La conoce perfectamente y, aunque sabe exactamente de lo que es capaz, para él todo en ella es perfección. A solas, en el coche, imagina su sonrisa abierta y franca decorando uno de aquellos gestos, aún hoy casi infantiles, que tanto le gusta prodigar. La oye reír con ese tono inconfundible, repleto de desinhibición, que siempre lo ha cautivado y que lo transporta

muchos años atrás, a los días que compartieron tan lejos de casa.

Alicia es la dueña de su mente, hasta el punto de sentir que cada segundo que no la piensa es un pedazo de vida que ha perdido para siempre. La ama tan profundamente que se sabe capaz de traspasar cualquier barrera por conservar su amor tal y como es ahora, como ha sido desde que la conoció. Necesita tener la certeza de que solo es él quien da sentido a su vida.

Aunque son pocos los días, para él es una eternidad entera el tiempo transcurrido desde la última vez que estuvo a su lado, y hoy, que han vuelto a quedar citados, no resta en su alma espacio para albergar tamañas ansias de verla. Tal es el sacrificio de su espera.

Casi las cinco y media de la tarde. Cae en la cuenta de la hora y sabe que está a punto de llegar. Acudirá puntual a la cita, como es su costumbre, seguro, y volverá a ofrecerle sin saberlo, mientras se acerca a él, el majestuoso espectáculo de su presencia.

Tal vez porque no habrá más esperas como la de hoy o, quizá, porque son muchos los años que lleva perdidamente loco por esa mujer, no puede evitar la sensación de que hasta el entorno reclama su protagonismo en la escena, pues el ambiente, la luz y el ruido encajan a la perfección en el puzle para los sentidos en que su mente convierte cuanto le rodea. Sin previo aviso, fija la vista en la casa al contemplar como comienza a abrirse la puerta. Su corazón, suplicando que sea ella quien la cruce, se desboca primero y se marchita después cuando el que sale a la calle es él: Caín, el hermano, el mentor, el que en otros tiempos fuera su dueño y señor, en cambio, mutado ahora en su perdición.

Viéndolo jugar con el setter de la familia, con el impecable aspecto que la elegancia innata proporciona a quien la posee —con independencia incluso de la forma de vestir—, resulta sencillo comprender la atracción que genera ese hombre. Caín dirige, con gran éxito además, la pequeña empresa que heredó de su padre y que solo su genialidad ha conseguido convertir en una poderosa multinacional. Software en general, aplicaciones de defensa en especial. Un gran negocio con una competencia feroz y en el que es imposible destacar, a exclusiva expensa del genio de un visionario. Es necesario tener instinto depredador, actitud de comer antes de ser comido y, por supuesto, saber disfrutar con ello. Caín es así, es mucho más que así, es la definición perfecta del estereotipo del triunfador, un compendio, elevado a la enésima potencia, de todas esas exigencias. Caín, que en su mundo es Dios, aspira en realidad a ser Dios para el mundo entero.

Sentado en el interior del coche azul, contempla cómo se aleja calle abajo lanzando al perro una pelota, mientras piensa que, si es verdad que Dios ha muerto, ni siquiera el Diablo acordaría la vileza de sustituirlo por semejante cabrón.

Fuera del alcance de su vista el hermano, vuelve su pensamiento a Alicia para dejarse llevar por la ilusión de lo que, sin haber ocurrido nunca, podría haber llegado a ser entre los dos. La imagina sobre las sábanas blancas de algodón, ligeramente cubierta una pequeña parte de su cuerpo desnudo, y se estremece de pasión. Se detiene en la mirada encendida de unos ojos verdes, profundos, que suplican su atención urgente y, cediendo a sus deseos, se tumba junto a ella con la voluntad fulminada por el éxtasis que le provoca contemplarla en toda su belleza. Impaciente, como si fuera un niño, la abraza por detrás, tumbados ambos sobre el costado, y la besa en el cuello. Un beso que, más allá del deseo, es una ofrenda de sumisión total de su alma vencida, cargado de amor, pero también de fiebre e incontinencia a duras penas domada, que ella recibe con un gemido suave que lo excita más aún. Los brazos que la rodean a la altura de los hombros acaban en manos que bajan lentamente recorriendo el sendero entre sus pechos hasta alcanzar un vientre tembloroso que se agita suavemente con el calor de cada roce, de cada caricia. Piel contra piel, conscientes del deseo del otro, los amantes convierten la paciencia en una audacia que parece no tener límite porque, ya sin freno, la carne pide a gritos más sitios donde besar, más lugares donde regalar placer y huecos que provoquen una respuesta en el otro que haga subir la intensidad de la batalla, una contienda que ambos saben destinados a perder frente al agotamiento de un orgasmo prolongado.

Y así, continúa su espera en el interior del coche azul imaginando que, exhaustos y satisfechos, fundidos en un abrazo, como si fueran uno, aguardarán entre susurros confidentes y risas con sordina a que la radio vuelva a poner su canción, y comenzar de nuevo a amarse. La radio, sí... suena en el coche otra vez el estribillo de moda para devolverlo a la realidad de ese momento, dejando atrás los sueños. Absurdo, ganas de torturarse, termina por pensar de lo imaginado.

Comienza a impacientarse. Pasan dos minutos de la hora que él tenía prevista, pero los cuenta como ciento veinte interminables segundos. Sigue vacía la calle. Ni un alma. Céntrica pero apartada, es una vía paralela a una con mucho tránsito de la que solo llega el ajetreado murmullo del transcurrir de la vida. Junto al coche aparcado, detrás, hay un contenedor de basura y un callejón corto y sombrío a modo de acceso a una antigua bodega que ha cerrado sus puertas hace ya varios años. Incluso desde la calle, aún se percibe el olor del vino que encerraban sus barriles.

Pasan ya cuatro minutos de las cinco y media de la tarde cuando, por fin, la puerta vuelve a abrirse y por ella sale Alicia. Su madre junto a ella, en el último escalón de los que suben a la casa, la besa y parece recitarle consejos mil veces oídos que la chica recibe con cara de resignación y una sonrisa.

Aparcar a cierta distancia le permite recrearse en la visión de la mujer que se acerca. Quiere recordarla así por siempre, como un ser más allá de lo mortal que camina por la estrecha acera a su encuentro. Su piel tostada brilla asomando por encima de una blusa blanca que deja los hombros al descubierto. Y sobre los hombros un pelo oscuro, rizado en una melena que se bambolea con cada paso. Hoy lleva puesto un pantalón rojo perfectamente ajustado a las curvas de su cuerpo y unos tacones altos que la hacen aún más imponente. Realmente es una diosa y él es el hombre más afortunado del mundo por tener la oportunidad de amarla como lo hace.

Alicia se detiene apenas a cuarenta metros del coche. Es el perro de la familia que viene corriendo hacia ella el que la hace girar mientras Caín, de vuelta hacia la casa, la saluda de lejos con la mano. Juno, que así se llama el setter, trae en la boca la pelota de goma dura que pone a los pies de la chica mientras espera a que ella vuelva a lanzarla lejos. Allá va la pelota, esta vez en dirección al hermano que la deja caer al suelo mientras llega corriendo a su altura el perro y, engancho al collar la correa, lo introduce en la casa.

Él, que inadvertidamente ha salido del coche hacia el callejón de la bodega, ha registrado cada fotograma de esta escena en su memoria con la seguridad de que todos y cada uno de los movimientos de Alicia formarán ya siempre parte y ejemplo de la devoción que ha sentido por ella. Y ahí, escondido en la penumbra, la ve reemprender el camino que la acerca.

Son apenas sesenta pasos los que les separan y, mirándola sin que ella lo distinga aún, se dispone a disfrutarlos en cada detalle. La desea con tanta fuerza que se asquea de sí mismo porque, sin pretenderlo, vuelve a sentir la excitación que solo hace un momento le provocaban las imágenes de su cuerpo desnudo. Apenas puede contener el dolor que siente ante la certeza de tenerla, ahora sí, a salvo y para siempre a su lado.

Diez metros, tan cerca ya que hasta puede adivinar su perfume, Alicia pasa junto al coche indiferente y sin que, en apariencia, haya reparado en él. Emboscado e inmóvil, junto a la puerta de la bodega mirando hacia la acera, su mundo tiene el ancho del oscuro callejón que le oculta, ralentizado el tiempo como si un segundo fueran diez; y por fin, desde el fondo, ve aparecer a Alicia. Sabe que ella no lo espera y que, por tanto,

tiene tiempo de admirar su presencia prodigiosa una vez más, siquiera sea por tres pasos. Desde donde está puede ver el movimiento de sus brazos al caminar y el gesto confiado de su rostro apenas maquillado porque, él lo sabe bien, no existe color alguno que pueda realzar lo que ya de por sí es sublime. Dando gracias al cielo por poseer el don de percibir el transcurrir de esas pequeñas porciones de tiempo, que a cualquiera están vedadas, sale al instante del trance como un felino de entre la hierba.

Es entonces cuando el hombre emboscado en la puerta de la bodega, con movimientos de tal seguridad y rapidez que parecen ensayados previamente, agarra a la chica por la cintura mientras le tapa la boca y, arrastrándola a la oscuridad, le corta el cuello de un solo tajo.

La sangre derramada sobre la blusa blanca y la expresión sorprendida de su rostro lo conmueven como la última expresión de un amor tan intenso que nunca pudo haber tenido otro final. Sentado a horcajadas sobre el vientre amado contempla la luz que se escapa de sus verdes y profundos ojos ya casi muertos, mientras, con las dos manos sobre el cuello, late su corazón con la frecuencia que le impone la garganta abierta. Hasta que todo acaba.

Se ha tomado un momento para amarla por última vez con la mirada. Al fin, solo cuando está saciado, da media vuelta y la abandona en la oscuridad del callejón con olor a barrica vieja. Con un sentimiento de enorme vacío, el trisar de las golondrinas flotando en la luz dorada de la tarde de mayo más bonita del mundo, entra en el coche y se marcha de la solitaria calle derramando lágrimas de rabia y de impotencia, pero con la mente despejada y lista para dirigirse de inmediato al lugar donde había quedado citado con ella.

«Adiós, Alicia. Adiós, mi amor.»

Capítulo 2

Hoy ha perdido su primera batalla frente al espejo. Tal vez la hubiera perdido antes, pero es ahora cuando el reflejo de su cara grita entre el vidrio y el mercurio para llamar su atención. Su rostro de mujer, aún joven, ha cedido al tiempo pequeñas parcelas de piel junto a los ojos y se ha endurecido ligeramente con un marco alrededor de la boca que antes no existía.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —saluda la imagen en el cristal.

—¡Estoy bien! —responde María—. ¡Mejor que nunca! Tiene gracia que preguntes eso, justo ahora que me había convencido de ser invisible.

Desnuda frente al espejo, por dentro y por fuera, María se siente sola. Ya metida de lleno en la treintena ha fracasado en dos relaciones, más o menos estables, y anda aún buscando una oportunidad de trabajo definitiva que le permita, si no vivir desahogadamente, al menos llegar a fin de mes.

Sola y, lo que es peor, con la sensación de remar en el puñetero río de la existencia contra una corriente muy poderosa a la que, lo sabe, nunca podrá derrotar.

La pequeña cicatriz que parte en dos su ceja izquierda le recuerda su suerte. Es un signo minúsculo que, más que marcar su aspecto, define su destino, o así quiere que sea. Perdonado, no olvidado.

Hacía ya más de diez meses que su novio, al que conoció una tarde de otoño cuando apenas tenía veintidós años, la había abandonado para irse con otra mujer. Eran casi las ocho y media cuando, después de una agotadora tarde de plancha y ropa en la casa donde prestaba sus servicios como asistente por horas, cayó en la cuenta de que necesitaba andar un poco, despejar su mente ocupada en los problemas económicos con los que convivía a diario junto a sus padres; parado él, enferma ella.

Las luces de la calle principal del barrio acogen los últimos estertores de una tarde de compras, a punto de cerrar los comercios. María no quiere... no puede comprar nada. Se contenta con mirar. Se acerca al escaparate de Bensons porque se ha enamorado de unas botas de piel azul que jamás estarán a su alcance. Mirándolas a través del cristal se imagina otra vida, una en la que todo comienza de manera distinta y le ofrece oportunidades que la suya desechó hace tiempo. Y se ve a sí misma, por no atreverse a soñar más lejos, con la falda corta que le hizo su madre hace años ya, y que tan bien le queda, las botas y una camisa azul, que ya ha visto pero

tendría que comprar. Con una sonrisa triste apenas esbozada, compone en su mente la imagen de la mujer que quisiera ser: segura de sí misma, profesional y con un futuro prometedor. Justo lo que no es.

La gente pasa a su lado sin percatarse de la princesa altiva que se dibuja en el escaparate de la zapatería, aunque ella no lo necesita, placenteramente inmersa en su sueño como está.

Una voz, a su lado, la devuelve a regañadientes al mundo real.

—Señorita, le digo que tengo que bajar la persiana; vamos a cerrar. —Lo conoce. Hace mucho tiempo que ha reparado en él. Lucas se llama y atiende al público en el establecimiento desde hace tres años o más, al menos que María recuerde, los que lleva como asistenta en casa de los Pérez.

—Perdona. Ya me voy. Esas botas, ¿las tenéis del cuarenta? — acierta a decir, casi sin atreverse a mirarle.

—Creo que sí, aunque se han vendido muy bien y no tenemos ya todos los números. Pásate por aquí mañana; yo te las guardo. —Su sonrisa de ángel la fulmina al instante y la desarma de tal manera que no puede hacer otra cosa que asentir con la cabeza, aun sabiendo que no podrá pagar un capricho así.

De vuelta a la rutina de su casa, prepara la cena para sus padres y da la medicación a su madre, ansiosa por terminar para quedarse a solas en su habitación. Tumbada sobre la cama, mirando al techo y aún vestida, resuena en su cabeza la voz de Lucas, hablándole al oído ahora, susurrándole cosas que la hacen enrojecer mientras desliza sus manos por debajo del vestido. María se retuerce al ritmo de sus dedos en la soledad de su habitación hasta que, agotada, hace propósito de dormir rápido y cae en un sueño profundo.

Es miércoles, no tiene que ir al barrio hasta el día siguiente, pero, no sabe por qué, se ha levantado decidida a pasar por allí. Atiende a sus padres como todos los días, toma una ducha y se viste. Ha escogido esa falda corta, un suéter ligero de color azul que, en sueños, recordó tener en un cajón y, con un toque de simple colorete, sale a la calle con la decisión de la mujer que quiere ser.

Son casi las once y media de la mañana cuando llega a la puerta de la zapatería. El trayecto en el autobús ha sido demasiado largo y le ha hecho albergar dudas sobre lo que va a hacer. Pero, ¿qué piensa decir? Sin dinero no puede justificar su presencia allí. Aun así, decide continuar

adelante y no dar más oportunidades a sus miedos.

Ni siquiera tiene que entrar al local para volver a verlo. Lucas está en el mismo escaparate de la noche anterior retirando las botas que tanto le gustan. Sin saber qué hacer, María se planta delante del cristal con una cara que refleja su desconcierto cuando, desde dentro, él la ve y con un gesto de su brazo la invita a pasar.

—He buscado tu número esta mañana. Creía que ya no lo teníamos, pero acabo de caer en la cuenta de que las botas del escaparate son del cuarenta. Te las iba a guardar.

No hay clientes en la tienda, solo los dos. María, sorprendida por el detalle, sonrío con timidez mientras sus ojos clavados en los del chico hablan de arrojo y de osadía.

—¡Qué suerte! No sabes cómo te lo agradezco. Me han fascinado desde que las vi.

Lucas ha percibido el calor de su mirada y cree interpretarlo bien. La conoce de haberla visto pasar por delante de la zapatería durante muchos meses y de haberse fijado en su aire humilde y tranquilo. Le gustó desde el primer momento, aunque no alcance a concretarse a sí mismo ningún motivo especial. Ahora, frente a él, el castaño profundo de sus ojos grandes y el óvalo perfecto de su cara acaban de subyugarlo.

—¿Quieres probártelas? Puedes sentarte ahí —dice señalando un banco tapizado en una tela de rayas verdes que tiene, justo al lado, un pequeño espejo a la altura de los pies.

María se descalza y Lucas se arrodilla para colocarle la bota del pie derecho. Mientras abre la cremallera no puede evitar mirar el dibujo de unas hermosas piernas que confluyen en la oscuridad de la ropa, invitando a buscar más allá. María se ha dado cuenta y le sonrío satisfecha por el gesto, como si de alguna manera hubiera estado esperándolo.

Lucas toma ahora su pie descalzo, apenas rozándolo para colocar el zapato, con la mirada fija en ella. Es entonces, sin saber por qué, cuando su mano, como con voluntad propia, abandona el pie que sostiene y sube por la pierna para acariciar suavemente las medias que le separan de su piel. María no se sorprende, segura como está de sí misma, y sonrío dejándole avanzar en la soledad, no ya de la tienda vacía, sino del propio mundo donde para ella acaba de extinguirse la humanidad. En un déjà vu de excitación, vuelve a retorcerse como la noche anterior en su habitación y alarga el brazo para enredar su mano intrépida en el cabello negro del hombre que tiene delante.

No hay ni una sombra de duda en Lucas cuando, sin hablar ni dejar de mirarla fijamente, se pone en pie y cogiéndola en brazos la lleva a la trastienda de Bensons. Presos de deseo no se aman, es muy pronto aún, sino que se devoran sobre una mesa situada entre las estanterías, repletas de cajas de zapatos y olor a cuero, mientras María comprende que, por un día, triunfa su voluntad exactamente como la mujer que quiere ser.

El espejo continúa mirándola descarado, mostrándole la brecha en la ceja, con prisas por apagar el recuerdo que la entretiene. Así como en un flash, pasan cuatro años de amor intenso entregado a un hombre creyendo que le correspondía de veras. Cuatro años en los que dejó de sentirse como la asistenta que en realidad seguía siendo para verse a sí misma como el centro de la vida de alguien. Cuatro años siendo importante.

Momentos íntimos, bailar, viajar sin rumbo fijo... tener un hijo. Recuerdos que juegan en la ladera de su mente para despeñarse de repente hacia los gritos, los «vamos a darnos un tiempo» y, por fin, las vejaciones y malos tratos que soportó durante cuatro años más.

El día en que todo terminó, Lucas llegó pronto al pequeño apartamento donde María, como en muchas otras ocasiones, cocinaba para él antes de volver a su casa y seguir haciéndolo para sus padres. Ni siquiera recuerda ya el motivo de la discusión — cree que fue su estupidez lo que él le escupió a la cara—, pero jamás podrá olvidar como, agarrándola por el pelo después de darle un puñetazo en el estómago, la golpeó en el rostro una, dos, tres veces... hasta que la sangre de su ceja abierta lo calmó.

De aquello solo queda, tantos años después, una pequeña marca visible. En lo invisible, sin embargo, hay un abismo de rabia e impotencia que ha aprendido a controlar. Ha perdonado, pero no olvidado. Al fin y al cabo, quién sabe, quizá sus destinos se vuelvan a cruzar algún día.

Las cuatro menos cuarto; tiene que salir ya. Hace algún tiempo que ha multiplicado sus labores de asistenta para poder mantener a su pequeño Lucas y a su madre enferma. Su padre les dejó años atrás, supone que cansado de una vida que le ofrecía, como único aliciente, la arcadia feliz de los concursos de televisión. María lleva ahora las haciendas de tres casas, a las que acude en las mañanas de días alternos, y la limpieza de varios negocios que ocupan sus tardes de lunes a viernes. Aun así, ingresa lo justo para sumar a la miserable pensión que cobra su madre y cubrir las necesidades básicas de la familia.

En realidad, no comprende por qué es necesario limpiar dos veces por semana la bodega que le toca hoy. Está cerrada desde hace años, pero, por alguna razón, la propiedad se empeña en mantenerla en perfecto estado de revista, tal y como si fueran a volver a abrirla mañana mismo. Hace una tarde preciosa y una temperatura que invita a pasear, así que, enfundándose unos vaqueros y una camiseta negra con la lengua de los Rolling, se despide de los suyos con un «hasta luego, llego tarde...» y sale a la calle con prisa.

Nunca escoge trabajos que la obliguen a desplazarse de otra forma que no sea andando y se alegra de ello. La bodega está apenas a diez minutos de caminata tranquila desde su casa y, aunque nadie controla su horario, llega puntual, como siempre. Espera a que el semáforo le de paso y, tras cruzar una calle habitualmente bulliciosa, pero más tranquila a esa hora, se planta frente al enorme portalón de la entrada principal de la bodega.

Le gusta el sitio: sus cuarenta y dos salas y salones, los patios, las fuentes y las barricas de vino apiladas en diferentes estancias donde han quedado para siempre, escritas con tiza, las frases de recuerdo de multitud de personajes famosos que en su día visitaron el establecimiento.

Su jornada allí es de dos horas, aunque a veces limpiar sobre lo limpio no le ocupa más de una puesto que los muebles están cubiertos con grandes sábanas. Hoy comienza la faena, como toca en la planta superior básicamente debe evitar que se acumule el polvo y ocuparse de mantener correctamente los cristales y el suelo. En el pequeño cuarto de empleados, antaño centro de la actividad del personal de la bodega, ahora silencioso y quieto, María prepara el material necesario para la tarea. Se coloca una bata de color azul y, después de recogerse el pelo con una pinza, abre la aplicación de música de su teléfono, coloca en su sitio los auriculares y comienza a trabajar.

Ya casi ha terminado. Se ha empleado a fondo en la limpieza de los cuadros: algunos son impresionantes óleos con escenas campestres, otros son retratos de toreros con gesto serio, y los más numerosos, simples fotografías de los dueños de la bodega con personajes ilustres, todos ellos en una actitud que simula amistad eterna. Aun así, le sobra tiempo en lo obligado, al menos para fumar un cigarrillo mientras acaba de secarse el suelo del último salón.

Resuena Satisfacción en sus oídos cuando, sentada en el murete de la ventana que da a la parte trasera de la bodega, enciende el pitillo. Es un ventanal amplio situado sobre una calleja corta y estrecha donde la bodega tiene una segunda puerta por la que, en alguna ocasión, salieron discretamente del local numerosas personas y personajes que no querían

ser vistos.

María fuma mientras mira por el cristal hacia el callejón del que solo ve, sentada donde está, una parte del portón y una porción del suelo. Un hombre entra como con prisa en la calle y se pega a la pared sombría. Su actitud pone en alerta a María que, impulsada por la curiosidad, se inclina hacia el cristal para tener mejor visión del extraño y del lugar.

Es un hombre joven y bien parecido, puede verlo desde su posición, aunque no termina de distinguir bien sus rasgos. Está agachado junto a la esquina y parece mirar desde ella algo que esté pasando en la acera perpendicular. De repente, el extraño se pone en pie y se adentra en la penumbra del callejón. María cree ver un brillo en una de sus manos y, conteniendo la respiración, cae en la cuenta de que algo terrible está a punto de pasar ante sus ojos.

Mira por la ventana sin voluntad propia, seducida por la incertidumbre que impregna el final de aquella escena, cuando tensa el sujeto su cuerpo enfocando la atención sobre el final de la calleja por donde, en ese momento, pasa confiada una chica.

Como en una visión de pesadilla, María adivina el propósito del hombre agazapado justo en el momento en que la tensión que acumula le hace salir disparado hacia su presa. Desde arriba entiende que la chica no tiene la menor oportunidad y, absorta en el drama que transcurre a sus pies, presencia como el brillo en la mano del joven se convierte en un borrón de movimiento primero y una gran mancha roja después. Espantada y muda, María no puede dejar de mirar. Todo transcurre en absoluto silencio. Él sobre ella parece querer ahora taponar con las manos la herida abierta, en un gesto que María, desde la ventana, quiere interpretar como el arrepentimiento que sigue a la ira descargada sobre un ser amado.

Solo cuando la chica ha dejado de moverse la liberan las manos del asesino al que oye sollozar con claridad desde su posición. Y, de repente, María comprende la escena. Absorta la mira a ella, sin vida, para entender que su final siempre estuvo marcado, que hay cosas en la vida que no se pueden perdonar y que el hombre que ahora se aleja en soledad acaba de cerrar un capítulo de su propia existencia en el que no tenía el papel que en justicia le correspondía.

Es extraño: no siente miedo, ni repulsión, ni pena... sino una incómoda pero agradable sensación de liberación. No puede evitar una sonrisa y, apagando el cigarrillo sobre el suelo que acaba de limpiar, se marcha de la bodega con la firme intención de dar un giro a su destino.

Capítulo 3

El sol va camino ya de terminar su jornada diaria y baña a duras penas la calle con las pocas fuerzas que le quedan. Los vecinos se agolpan en terrazas, ventanas y balcones con la curiosidad que siempre provoca el ajetreo del ir y venir de policías y ambulancias.

Hace no más de una hora, un hombre de cierta edad que tira la basura en el contenedor repara en el surco negruzco que, como un trozo de cuerda deshilachado, cruza la estrecha acera entre el dibujo de las baldosas y resbalando por el bordillo llega hasta la calzada. Quizá sea el hecho de que el reguero se pierde en la calleja de la bodega lo que le resulta extraño, pero, sea como fuere, lo cierto es que se aproxima más intrigado a cada paso, adivinando en lo negro del líquido espeso reflejos del rojo original.

Con el miedo que le causa la casi absoluta certeza de lo que se dispone a contemplar, el vecino se detiene un paso antes de llegar al callejón para tomar aire. Despacio, apoyado el cuerpo entero en la misma esquina, reúne el ánimo suficiente y asoma la cabeza hacia el hallazgo del cuerpo roto de Alicia.

Paralizado por el horror, retendrá ya por siempre en su memoria el aspecto de muñeca desbaratada de la infortunada chica y la forma en que parece mirarlo desde el suelo con los ojos vidriados bajo unos párpados semicerrados. Tiene ligeramente girado el rostro salpicado de sangre sobre el hombro izquierdo y lo que en su momento era una cabellera espesa y morena aparece ahora pegada al piso. Una herida infinitamente cruel cruza casi de lado a lado su cuello del que, como si de un manantial escarlata se tratara, ha brotado la sangre que escandaliza su pecho y se vierte alrededor formando una charca que huye calle abajo.

Como siempre vacía la calle, no sabe cuánto tiempo ha pasado clavado en una losa frente a la brutal visión antes de reaccionar. Pero lo hace. Es tal el estado de nerviosismo que mantiene, que sale disparado hacia su casa para llamar a la policía sin acordarse de que en el bolsillo de la chaqueta tiene el teléfono móvil. Aún no alcanza el portal de su vivienda cuando otro vecino, que lo ve desde su ventana y advierte la urgencia en su carrera, le pregunta dando un grito:

—¿Qué ha pasado, vecino?

—Han matado a una chica —dice el otro mirando hacia arriba, sin dejar de

correr ni saber quién hace la pregunta.

No han pasado tres minutos cuando la intriga ante lo sucedido empieza a llenar la calle de convecinos espantados que comentan entre ellos: unos a voces, otros susurrando, o entre gritos y sollozos de los que tienen menor ánimo. En la misma esquina de la bodega se agolpan, al menos, veinte personas que no se atreven a avanzar un solo paso hacia el cuerpo de Alicia, cuando llega el primer coche de policía entre un estruendo de sirenas y cláxones, seguido casi de inmediato de otro sin identificativos oficiales. Inmediatamente dos agentes uniformados ponen orden en la escena apartando a la gente, enviándola a la acera de enfrente y estableciendo un cordón policial que, ridículamente escueto, consiste en una sola tira de precinto que cruza la angosta entrada de la calleja.

Una señora, a la que todos conocen por Paquita, es la primera que cree ver en el rostro desfigurado del cadáver el de una persona conocida y, mientras un agente la empuja para apartarla del lugar, grita:

—¡Es la chica del veintidós! ¡Es la chiquita del número veintidós! ¡Ay, por Dios! Pero, ¿quién ha hecho esto? Por Dios, por Dios, ¡qué barbaridad!...

El número veintidós de la calle es una casa de dos plantas, de principios del siglo XX, impecablemente conservada. Tiene entre sus estancias una pequeña salita interior donde la madre de la mujer muerta hojea una revista mientras, de fondo, la televisión incordia con los aplausos enlatados de uno de esos programas que llevan lustros en parrilla. Sin embargo, un run run persistente acaba por llegar a los oídos de doña Juana que, acercándose a la puerta de la casa, mira hacia la calle para ver cómo varias personas suben la acera agitadas, nerviosas, e intuye que algo grave ha pasado.

Juana apenas sale de casa por una artrosis severa que le impide valerse totalmente por sí misma, al menos lo suficiente como para dejar al azar lo que pudiera ocurrir al alejarse demasiado de la seguridad de su hogar. Es por eso que cierra la puerta y directamente se encamina hacia el teléfono del salón, abre el cajón de la pequeña mesita sobre la que está el aparato, saca una libretita con las tapas amarillas donde tiene anotados los teléfonos y marca para llamar a su hijo.

—Caín, tienes que venir a casa, algo malo ha pasado... No, no lo sé... Pero hay un revuelo horroroso y tengo miedo. ¿Puedes venir?... Sí, por favor y así me quedo más tranquila... Vale, no tardes.

Mientras cuelga el auricular, aparta con la otra mano el visillo de la ventana que da a la calle por donde continúa pasando gente que se mueve en una sola dirección. De repente, por alguna razón que no alcanza a comprender, una sombra gélida recorre su cuerpo como un presagio de que, sea lo que sea lo ocurrido, su vida jamás volverá a ser la misma. Con el alma encogida, por un momento desvía la mirada al suelo y, después, con un suspiro de resignación vuelve con pasos vacilantes al refugio de su sillón para esperar la llegada del hijo.

Caín está casi terminando su jornada laboral cuando recibe la llamada de su madre. Sobre la mesa de cristal que preside su despacho, perfectamente ordenada, hay varias fotos entre las que se encuentra una de familia en la que aparecen los cuatro. Echa de menos a su padre todos los días, pero le consuela ver la mirada orgullosa que dedica a los hermanos, con sus vivos ojos grises, y el abrazo sobre el hombro de su madre, como un paraguas que los protege a todos frente a cualquier mal. Seis años hace ya que los dejó; llevaba unos días sin encontrarse demasiado bien cuando, una noche de domingo mientras preparaba la cena —después de haber pasado la tarde en su club—, cayó fulminado por un infarto. Desde entonces, nada ha sido igual.

La muerte de su padre acabó por sumir a la madre en un vacío emocional que, poco a poco, empujó también su cuerpo por la pendiente de la enfermedad. Prácticamente indiferente a las emociones, Juana, antes fuerte y centro de la actividad familiar, se transformó en una sombra de sí misma recluida para siempre, al principio por voluntad propia y más tarde por la pérdida de movilidad, entre los muros de la que siempre fue su casa. Caín es consciente de que es su momento, que en la vida todos aguardamos nuestro turno para pasar por donde otros ya lo hicieron y que solo podemos esperar no desmerecer los esfuerzos que, dando lo mejor que tenían, derrocharon por nosotros las personas que nos han querido. Él lo asume y se esfuerza cada día por procurar que todo esté bien... que nada le falte a quien le trajo al mundo o a su hermana.

No es la primera vez que su madre lo llama alarmada, a veces por insignificancias y otras simplemente porque no quiere estar sola. Sin embargo, en esta ocasión el tono de voz y su hablar entrecortado le preocupan. Parece realmente inquieta a pesar de que esa tarde, como casi todos los días, Caín le ha preparado la merienda y ha tomado su medicación para la ansiedad. Recuerda haberla encontrado plácidamente dormida en su sillón al llegar del paseo de Juno, por lo que, tranquila como estaba, le extraña aún más si cabe su excitación.

Apaga el ordenador portátil, guarda en el maletín unos documentos a los que más tarde quiere dedicar un rato, da varias instrucciones a su secretaria y sale del edificio poniendo rumbo hacia la casa familiar que dista apenas quince minutos a pie. No ha andado veinte metros cuando gira la cabeza hacia la sede de su empresa, solo por ego, por vanidad. Lo

hace siempre, como si la visión del espléndido inmueble le afianzara en el liderazgo del mundo, como una suerte de monumento que su esfuerzo y su talento merecen, o como la promesa de ser solamente el comienzo de una carrera meteórica hacia cumbres profesionales más altas. Allí, entre las paredes del edificio CyberAct, que así se llama la empresa de Caín, tiene su trabajo, su casa, sus hobbies y el lugar donde da rienda suelta a sus pasiones. Es su verdadero hogar.

Atraviesa la plaza mientras el bullicio de los chavales charlando en los bancos, la gente esperando el autobús y las madres paseando niños, llega a sus oídos apagado, como el sonido de un disco de gramófono. Porque ahora es su madre la que vuelve a ocupar su atención, al tiempo que desciende por la avenida acelerando el paso. A esas alturas puede distinguir que el ritmo habitual de la ciudad parece haber cambiado en ese punto, muy próximo ya a su destino.

Caín entra en la calle por la esquina más alejada a la casa familiar. Los murmullos y comentarios de la gente ya le han dejado claro que se ha encontrado un cadáver en la calleja de la bodega que hay un poco antes de llegar a su destino en esa dirección. He ahí el motivo del revuelo que alarma a su madre. Conforme se acerca al lugar, el sonido de la escena baja el volumen hasta convertirse en un rumor hecho de susurros y cuchicheos mientras percibe claramente las órdenes que da un policía de paisano para controlar el entorno que rodea la escena del crimen. Tres coches y dos ambulancias atascan la calle a la altura del cordón de seguridad que se ha dispuesto, dificultando a los curiosos la visión de lo que ocurre.

Caín camina entre la gente hasta situarse justo enfrente del callejón, ahora iluminado por un foco que ha colocado la policía. Aun así, los coches atravesados y los agentes que se han situado a la entrada de la calleja, le impiden ver claramente lo que realmente está ocurriendo. Apenas puede adivinar una manta térmica, con la cara plateada hacia el exterior, cubriendo un bulto tumbado en el suelo que, evidentemente, ha de ser el cuerpo cuando, como en una pesadilla, llega a su cerebro un fragmento de la conversación que dos hombres mantienen justo detrás de él:

—Sí, dicen que es esa niña. La que vive ahí al lado, en el número veintidós. Alicia, creo que se llama.

Cuando un ser humano ha vivido o presenciado un acontecimiento en el que su vida o la de los suyos, su integridad física o psicológica se han visto seriamente amenazadas, decimos que ha sufrido una experiencia traumática. Este tipo de vivencia sacude los cimientos de lo que la persona cree que es seguro y en qué o en quién puede confiar. Son experiencias tan alejadas de lo que cualquiera espera que le ocurra, que provocan reacciones perturbadoras para las que no se está preparado y que, en el fondo, son respuestas normales a sucesos anormales. Pero, en

cierto modo, la actitud de Caín no encaja en esta definición de shock emocional.

Permanece impávido, de pie en el mismo lugar, procesando la información que le acaba de llegar. Ya no hay sonido alguno alrededor y el tiempo se ha ralentizado. Ni siquiera le ha dado un vuelco el corazón. Nada. Hasta que un minuto después abandona su posición para acercarse, moviéndose entre los coches, al hombre que parece dirigir las actuaciones que se están llevando a cabo.

—Perdone, soy Caín Silas. ¿Puede decirme si la persona que hay ahí tumbada es mi hermana Alicia? —No hay emoción ni urgencia en su voz. Simplemente hace una pregunta.

El inspector Vallejo es un tipo curtido que presume de haberlo visto todo o casi todo. En sus más de treinta años de carrera en el cuerpo, ha encontrado gente de todo tipo y condición en casi todos los bandos, ya fueran compañeros, delincuentes, víctimas o familiares de cualquiera de ellos. Así que, de inmediato, reconoce en el tipo que tiene delante al desgraciado que acaba de enterarse de lo peor y ha quedado impactado hasta la apatía por la incredulidad de los hechos.

—Pare, pare. Deténgase ahí —dice señalando hacia el hombre con la palma de la mano. Sabe que no debe dejar que se acerque más.

—Dígame, ¿es ella? ¿De verdad que han matado a mi hermana? —Su voz suena ahora abatida mientras mira por encima del policía y distingue claramente el interior del callejón. No es posible, eso no tenía que haber ocurrido así.

—Soy el inspector Vallejo —dice al tiempo que agarra al hombre suavemente por el brazo y le señala por destino de su gesto un punto detrás de una de las ambulancias—. ¿Es usted hermano de Alicia? ¿Puede identificarse?

En ese momento, pronunciado el nombre de la chica por labios extraños, Caín sabe que es verdad, que ella ya no está. Y, sacando del maletín la cartera para mostrar sus documentos, pregunta:

—¿Qué ha pasado, inspector? ¿Qué le han hecho a mi hermana? —Ni un átomo de nerviosismo ni de ansiedad en su actitud.

—Es pronto para saberlo, señor. Al parecer, ha sido atacada por una o varias personas. No ha podido sobrevivir a las heridas que le han causado. Aún no sabemos nada sobre el móvil de los atacantes. Lo siento mucho, señor Silas. ¿Necesita algo? Tenemos un equipo de psicólogos

especializados que pueden prestarle ayuda, si la necesita.

Pero Caín ya tiene su mente en la madre que le espera a pocos metros de allí y en cuáles serán las palabras que deberá utilizar para comunicar la terrible noticia.

—No, inspector. No es necesario. ¿Puedo acercarme para verla? ¿Necesitan que la identifique?

—No, no. No es necesario, en principio. Llevaba toda su documentación y, por cierto, además iba armada. Llevaba un revolver en el bolso. ¿Sabe usted si tenía licencia para eso, para portar armas? En todo caso —Vallejo comprende por el rostro descompuesto de su interlocutor que quizá no sea el mejor momento—, más tarde quisiera hacerle unas preguntas y, efectivamente, tendrán ustedes que reconocer el cuerpo. Le sugiero que abandone este lugar —cree que la calma que aparenta el hombre le permite decirlo—. Aquí queda todavía mucho tiempo hasta que el procedimiento esté finalizado. Estamos esperando al juez de guardia. ¿Puede darme su teléfono de contacto?

Caín, aún con la cartera en la mano, extrae una de sus tarjetas de visita y se la acerca al inspector.

—Tenía licencia de armas desde hace mucho tiempo. Podrán comprobarlo. Por favor, llámeme en cuanto lo crea oportuno. Necesito saber qué ha pasado. De momento, si no tiene inconveniente, tengo una madre anciana a la que explicar que su hija no va a volver a casa nunca más. Si desea algo urgente, vivimos en el número veintidós. Bueno, vive mi madre. Mejor llámeme y estaré donde haga falta inmediatamente.

—Gracias, señor Silas. No lo dude, me pondré en contacto con usted. Ahora, por favor, retírese y déjenos trabajar. Le garantizo que haremos todo lo que esté en nuestra mano para saber qué ha pasado y detener a los culpables. —Vallejo estrecha la mano del hombre y con un gesto de su brazo le invita a abandonar la escena.

Camino hacia el domicilio de su madre, baja la calle en calma. En el fondo él siempre ha sabido que podía pasar algo imprevisto, pero Juana no ha sospechado jamás el mundo en el que viven sus hijos y así debe seguir siendo. Poco a poco, el jaleo de la gente va quedando metros atrás y la puerta de la casa se agranda en su visión. Cada paso sube la temperatura de su cuerpo mutando su estado de ánimo, pasando lentamente del sosiego interno con que ha recibido la sorpresa de la noticia a un nivel de alteración rayano con la euforia que conoce bien.

Cuando llega al número veintidós ni siquiera dirige una mirada a la entrada. Pasa de largo tan deprisa que, de haber reparado alguien en él, hubiera resultado incluso extraño, y se dirige a la esquina distante apenas

treinta metros para volver a incorporarse a la avenida que lo lleva de vuelta a su empresa.

Necesita llegar desesperadamente. Con una urgencia que, a estas alturas, late en sus sienes al ritmo de mil tambores, inunda su cuerpo de adrenalina y le lleva flotando entre la gente. Se dirige a toda prisa hacia lo único que sabe que puede calmar el fuego que abrasa su alma antes de llegar al paroxismo de la locura absoluta. Corre calle arriba, apartando a los que se interponen en su camino, avanzando sobre la acera o la calzada por igual, cruzando entre los coches aparcados, hasta que por fin llega a la plaza.

No quiere pasar por delante de la puerta principal, así que da un pequeño rodeo hasta la parte trasera de CyberAct. Aunque la mayoría de los empleados ya no están en su puesto de trabajo, siempre queda alguien que se marcha más tarde y luego, por supuesto, están sus propios guardias de seguridad, además del sofisticado sistema de vídeo vigilancia del edificio. Pero todo eso es un problema resuelto casi desde antes de inaugurar la sede empresarial. En la calleja trasera, justo enfrente, hay un pasaje comercial en el que algunos pequeños negocios atienden al público y Caín es el dueño de uno de los muchos locales que permanecen vacíos. Saca un pequeño manojito de llaves de su maletín, entra cerrando tras él y baja a toda prisa una empinada escalera que le lleva a un minúsculo sótano en el que, tras un armario desocupado que ahora retira con suma facilidad, se esconde una puerta que abre introduciendo un código en un panel táctil.

Preso de una histeria que, sin embargo, no le impide ser preciso en sus movimientos, corre por el estrecho pasadizo subterráneo que atraviesa el callejón hasta un pequeño hall, ya debajo de CyberAct, en el que existe un ascensor privado del que solo Caín tiene conocimiento. Pulsa el botón de apertura de puertas y salta dentro de una cabina en cuyo panel de control hay dos flechas. Toca varias veces la que lleva abajo mientras rebusca nervioso en su chaqueta otra llave vital para calmar su sed, para calmar la urgencia que le ahoga.

El ascensor se detiene unos veinte metros más abajo y al abrirse deja a su único pasajero en una estancia que se ilumina automáticamente para mostrar su sobria belleza. Es un espacio diáfano, construido en mármol rosa, en el que destacan especialmente tres piezas: una espléndida mesa de cristal y aluminio tras la que hay un magnífico sillón de piel blanca, una pantalla LED de setenta pulgadas, que parece encendida a pesar de estar completamente en negro, colgada justo en la pared frente a la mesa y, a un lado, un armario de diseño con cuatro puertas que mezcla su estructura metálica con madera de caoba.

Temblando por la ansiedad, Caín abre el armario cerrado con llave. No necesita seleccionar ninguna herramienta porque hace rato ya que lo ha

hecho. Coge un cuchillo Kudu con hoja de acero sueco nitrogenado, perfectamente listo para cumplir su función, da media vuelta sobre sí mismo y se dirige hacia la puerta que hay al otro lado de la estancia, junto al ascensor, y que también se abre con un panel electrónico.

Todo está oscuro dentro. La mano izquierda busca el interruptor y una luz blanca y potente lo inunda todo. Su mirada busca de inmediato el centro de la sala donde, colocado sobre un desagüe, hay un sillón metálico anclado al suelo con tornillos. Y sentada en él una mujer muy joven, de no más de diecisiete o dieciocho años, desnuda, atada por correas al asiento y amordazada, levanta la cabeza abriendo los ojos a duras penas, cegada por la repentina luz. Todo su cuerpo cubierto de pequeños cortes, lleva al cuello un trozo de cuerda del que penden horrorosamente ensartadas sus dos orejas. Ella comprende que todo va a volver a empezar y se agita en el sillón, con el rescoldo de energía que le queda, intentando gritar.

Caín permanece en pie frente a ella, mirándola desde la puerta, moviendo nerviosamente la pierna derecha y empuñando el Kudu. Su mirada es ahora la del lobo hambriento que tiene delante una presa indefensa, sonrío a la chica que llora desconsoladamente en el sillón sobre el desagüe. Se pasea por la sala lentamente, saboreando el momento, hasta situarse detrás del sillón para desatar la mordaza. Quiere oírla suplicar, llorar y pedir clemencia. Con la misma calma se sitúa delante de la infortunada niña y, de repente, con un grito escalofriante se abalanza sobre ella y comienza a cortar, con tajos lentos y profundos, sobre su antebrazo derecho. A menos de diez centímetros de distancia, los ojos de Caín son dos brasas clavadas sobre una sonrisa demente que escudriñan el rostro de su víctima, deleitándose con cada alarido, con cada mueca de sufrimiento que provoca el filo de su cuchillo, mientras murmura una y otra vez: «Calma, calma, ¿puedes darme calma?, ¡grandísima hija de puta! ...».

Capítulo 4

parte 1

Son más de las diez cuando, por fin, Caín sienta a su madre, desesperada por la tardanza, cogiéndola suavemente por los hombros para acercarla al butacón azul de la salita. Juana muestra en su rostro los restos de una tarde de angustia y de la incompreensión de lo que ha estado ocurriendo. No alcanza a entender cómo es posible que su propio hijo la haya abandonado a su suerte durante horas cuando expresamente le ha pedido ayuda.

Ha pasado de la zozobra a la histeria, recorriendo una gráfica simétrica dibujada con trazos hechos de miedo, pues el instinto de una persona cuya vida está curtida en mil batallas distingue claramente las situaciones que tienen consecuencias irreparables. Desde el primer momento, cuando se percató del extraño ajeteo que circulaba por la calle, su alma se encogió hasta refugiarse en el estómago, a la espera de conocer lo que sabía tendría el poder de aniquilar al menos una parte de su existencia. Por su mente han pasado mil opciones, desde que podría haberle sucedido algo a cualquiera de sus hijos hasta un problema con un vecino o un accidente, pero no se ha atrevido finalmente a salir fuera y preguntar a la gente que pasa. La conversación telefónica con Caín y su retraso le hacen descartar el primer temor. Evidentemente su hijo está bien y Alicia debe estarlo, de lo contrario Caín ya habría llegado a casa.

Trata de calmarse y, sin saber bien por qué, acaba por hacer lo que tantas veces hace desde que murió su marido. Con un grueso libro de fotografías sobre las piernas, de vuelta al butacón, repasa una vez más los momentos congelados que contiene, perfectamente ordenados en el tiempo, entre sus páginas. Normalmente es Alberto, su compañero, su amigo y su esposo, el que centra su nostalgia. Sin embargo, hoy son sus niños los que la miran desde cada instantánea para contarle, una vez más, historias de tiempos felices que alivian sus temores con suaves caricias.

Una de las imágenes le muestra un soleado día de campo, con numerosos amigos, en el que aparece una Alicia con siete u ocho años junto a su padre mientras trocean un pollo que este acaba de sacrificar allí mismo. ¡Qué paella tan estupenda! Satisfacción y complicidad entre padre e hija se derraman desde el papel, cubierto por una capa transparente que lo protege del paso del tiempo. Justo detrás de ambos, junto a la cocina campera, aparece Caín con cara de enfado porque quería ser él quien ayudara a su padre. Recuerda cómo, para calmarlo, hubo que dejarle

acabar de hacer trozos la carne y permitirle añadir a la paellera los ingredientes del guiso. De nada sirvió apelar a que, como hermano diez años mayor, fuera comprensivo con la niña empeñada en continuar cocinando.

En realidad, los hermanos se han adorado siempre, como decenas de fotografías en el álbum permiten comprobar. Hay una, la anciana no recuerda bien quién cumplía años, en la que aparece su hija ya adolescente sentada en un columpio que empuja Caín, todo un hombre ya, con cara de estar esforzándose en la tarea. Ella mira fijamente a la cámara con ojos sonrientes mientras parece gritar de emoción ante la fuerza con que es lanzada al cielo una y otra vez. Es un parque público, donde varios chicos, que les acompañan en la celebración, charlan animadamente mientras uno de ellos toca la guitarra sentado en un banco. Alberto también aparece junto a ese banco, agachado en cuclillas y hablando en actitud cariñosa con una niña de no más de seis añitos que Juana, por más veces que mire la foto, nunca acaba de reconocer.

Suena el timbre, una, dos veces. Pero Juana no se inmuta. Sabe que su hijo no necesita llamar a la puerta y no quiere interrumpir su placentero viaje al pasado. No necesita ver a nadie ahora.

Y así pasan los minutos, entre hojas repletas de recuerdos pegados al papel, mientras queda latente en ella la espera que la ocupa. Es mirando una fotografía que no hace mucho Caín incorporó al libro, cuando oye el tintineo de las llaves que abren la puerta principal. Por un instante su vista permanece fija en la imagen sin entender demasiado bien qué puede tener de especial una toma de los dos hermanos de pie, agarrados por la cintura, con mandiles blancos cubiertos de sangre, entre ganchos de carne que cuelgan del techo, en una sala de despiece vacía del antiguo matadero de San Román. Desde la puerta, Caín la llama:

—Mamá, ¿estás ahí? —Su tono de voz pausado la tranquiliza lo suficiente para incorporarse y dirigirse al encuentro del hijo.

Caín la espera en la entrada de la casa. Su gesto serio y el aspecto de cansado que presenta en su manera de permanecer erguido, la alarman de inmediato. —¿Por qué has tardado tanto? ¿No has podido siquiera llamarme? He llamado a tu oficina, viendo que no llegabas; me ha dicho Cristina que le has dado instrucciones y te has marchado hace mucho rato ya. ¿Dónde has estado? —Caín ha levantado el brazo derecho hacia su madre haciendo un gesto que pide silencio. Acercándose a ella y abrazándola por encima de los hombros le dice:

—Tranquilízate mamá. Ya estoy aquí. Vamos a la salita y te cuento.

Desde la entrada a la pequeña habitación hay apenas quince metros de distancia que ambos recorren al paso entumecido de la anciana, mientras

Caín repasa en su memoria lo ocurrido durante la tarde. Sabe que tiene por delante una ingrata labor y estudia la manera de llevarla a cabo de la forma menos traumática posible. También sabe que la anciana, que en lo físico es su madre, no tiene nada que ver con la mujer aún lúcida que vive en su mente. Su historia no puede tener fisuras o no parará de preguntar hasta que, como si fuera un niño, tenga que confesar sus fechorías, aunque sean inocentes e inventadas mentiras para la ocasión.

Debe concentrar su atención en dar verosimilitud a los últimos minutos de la tarde porque sabe que su madre no será la única a la que tenga que convencer de la verdad que cuente. Aún recorre su espalda el intenso placer experimentado hace apenas un rato, emergiendo desde su interior como la lava de un volcán imparable que se derrama sobre la víctima y la consume frente a sus propios ojos. Un fuego liberador que, a cada golpe, a cada corte, a cada grito, gota a gota vertida en el desagüe, transforma a la bestia que en realidad es en un ser humano civilizado, refinado y culto capaz de seducir por igual a hombres y mujeres. Un placer tan intenso que le lleva al orgasmo sin más, una y otra vez. Un orgasmo tántrico que deja intactas las posibilidades de seguir en el esfuerzo para alcanzar el siguiente, que rodea a ambos, víctima y verdugo, con un halo luminoso de infinita belleza y lo dota de bríos renovados para continuar. Es solo cuando los irreconocibles restos de la infortunada chica sentada en la habitación del sótano dejan de agitarse y forcejear, cuando Caín recupera la compostura, los modales de un auténtico señor. En sus dedos resuena aún el tacto pegajoso del cabello empapado en sangre mientras su Hairclipper de cuchillas de titanio trabaja sin descanso. Le parece oír el sonido del pelo al caer sobre el suelo teñido de rojo, como si eso fuera posible, y distinguir el suave aroma que desprende en la caída para, sin previo aviso, comprender que ya no queda nada que cortar, ni una sola gota de sangre más por verter, y que todo ha terminado.

Normalmente Caín dedica un buen rato a deshacerse de los restos de su trabajo, a restablecer la cordura del escenario, limpiándolo meticulosamente, pero hoy no es un día cualquiera. Hoy alguien ha asesinado a Ali. No es momento para dejarse llevar más allá del impulso irrefrenable que le ha obligado a culminar lo que tenía previsto hacer con más calma. Hoy debe volver a casa para dar a su madre la peor de las noticias, atender a la policía y empezar a preocuparse de los preparativos del sepelio. Así que, sin más, abandona la sala del sótano tras tomar una ducha y sale a la calle recorriendo a la inversa el mismo camino que le llevó hasta allí.

Aunque ha disminuido bastante el número de curiosos y vecinos que rondan la zona, todavía sigue en pie el dispositivo policial junto a la calleja de la bodega. Es consciente de que lo que para él ha pasado en un suspiro, ocupa el espacio de horas en la cronología de esa tarde aciaga y solo puede esperar que nadie haya reparado en su ausencia, así que evita la calle bajando hasta la paralela para recorrerla en solitario y, a través de

una travesía peatonal, desembocar a pocos metros del número veintidós. Toma aire frente a la cancela baja que da acceso a la escalera y busca las llaves en su maletín.

—Mamá, necesito que me escuches atentamente —dice ahora, sentado sobre un escabel tapizado en azul enfrente de Juana. Su mente entrenada escudriña los ojos de la madre que, de súbito, reflejan la sospecha de lo que está a punto de decir y sus manos agarran amorosamente las manos de ella cruzadas sobre el regazo.

—Dime qué ha pasado de una vez, por favor. —Juana ya no pregunta por retrasos, pregunta por su hija con voz temblorosa, aquella que preludia una secuencia sonora que conforman muchas palabras de las que solo dos llegan a la anciana como en tempo larghissimo: «Está muerta». Diez letras que se dibujan, una a una, sobre su cerebro, grabándose sobre la superficie, ahondando en la materia gris hasta hacerla perder la consciencia.

Caín, junto a ella, la mira sereno. Quizá sea lo mejor. Aliviar el dolor, perder el sentido, sin más. Que todas las heridas que la vida nos inflige sanen como por arte del tiempo, mientras, indolentes, nos sumergimos en un mar cálido y tranquilo en la seguridad de flotar con la marea hacia lugares donde se nos quiere y acepta tal como somos, con nuestros defectos y virtudes, carencias y excesos. No dar ni pedir explicaciones ante el amor verdadero, no dañar ni ser dañado, no engañarte a ti mismo ni ser engañado por otros, no decepcionar ni ser decepcionado, no odiar ni ser odiado, querer y ser querido. En absoluta paz, sin dolor, levitar por toda la eternidad si es necesario y regresar a la consciencia solo cuando no haya riesgo de experimentar la maldad que es capaz de demostrar el ser humano.

—Mamá, despierta mamá. —Le golpea suavemente la mejilla—. Despierta, por favor.

Ha ido a la cocina y vuelto con un vaso de agua que deja sobre la mesa de centro de la habitación. Poco a poco, Juana despierta aturdida, recobrando el sentido primero con cara de no recordar qué ha pasado para estallar en lágrimas y sollozos desesperados inmediatamente después. Titubea al hablar sin conseguir articular coherentemente las palabras, que deja a medias.

—Pero, ¿cómo...? ¿Qué ha...?

—Tranquilízate mamá, no podemos hacer nada. Bebe un poco.

Ha pasado más de media hora cuando la madre alcanza a expresarse con aceptable claridad.

—Cuéntame qué ha ocurrido Caín, por favor. Necesito saber qué le han hecho a mi niña. ¿Dónde está? ¿Quién ha sido?

Tras hacer un relato de los hechos tal y como han ocurrido, miente el hijo al contar cómo después de su conversación con el inspector Vallejo, aturdido por lo ocurrido, sus pasos perdieron el rumbo para acabar deambulando por las zonas aledañas hasta asimilar lo sucedido. Justifica así su retraso, pero su actitud en extremo calmada, lo delata.

—¿Cómo es posible que estés tan sereno? Acaban de asesinar a tu hermana, por Dios... Si tu padre viviera, sabría cómo enfrentar esta situación. Sea quien sea el que ha hecho esto a mi Ali, lo pagaría con mucho más que su vida. ¿Vas a permitir que esto quede así? ¿Qué piensas hacer, Caín?

Las palabras de Juana no lo hieren, lo fulminan. Una vez más, como en incontables ocasiones ya sucedió en su vida, cae sobre su responsabilidad la resolución de un hecho grave. Pero ya está realmente preparado, su padre le formó como un hombre cabal, amigo de sus amigos y capaz de saldar cuentas con cualquiera si fuera menester. Caín, el nombre que eligió para él, no deja lugar a dudas de la intención de Alberto de convertir a su primogénito en un hombre que no se detiene ante nada. No piensa dejar que la policía se encargue de solventar con recursos tibios lo que solo a él y a su sótano le compete.

—No te preocupes mamá. Voy a darte tu medicación y te vas a ir a la cama. Necesitas descansar. Yo me encargo de todo —dice mientras, sobre la mesa, abierto, el libro de fotos le muestra una imagen con su hermana en el matadero de San Román—. Ali, te prometo que lo de aquellas tardes será un juego comparado con lo que van a sufrir los que te han hecho esto.

CAPÍTULO 4

parte 2

María ha bajado corriendo las escaleras desde la planta superior de la bodega, como huyendo del escenario y con la extraña sensación de ser cómplice de aquel horror. Está nerviosa, pero en absoluto asustada por el

espantoso crimen que acaba de presenciar. Cruza la planta baja volando hasta llegar al final del pasillo que lleva directo al cuarto de personal y se refugia en él cerrando la puerta tras de sí. Presa de una agitación que le sorprende, apoya la espalda sobre la misma puerta y queda inmóvil, paralizada, ante la mezcla de emociones que se agitan en el interior de su mente. Frente a ella hay otra vez, como si le persiguiera, un espejo de cuerpo entero con el marco de madera pintado de blanco. Y de repente lo ve; ve en el reflejo la antítesis de lo que el espejo de su baño le mostraba justo antes de salir de casa.

Ya no está la mujer triste y cansada; en su lugar puede distinguir ahora una persona completamente distinta que muestra en su rostro, y hasta en la postura que ha adoptado, si no exactamente ilusión, sí deseo, casi lujuria. Los labios entreabiertos por el placer y la lengua que se pasea recorriéndolos, mientras las piernas juntas hasta las rodillas se rozan en un movimiento acompasado que acaba por hacerla llevar sus manos, sobre la bata de trabajo, hasta el fuego que la empieza a consumir. No lo acaba de comprender, pero está segura de que no quiere detener el frenesí que la devora, mientras su alma de persona convencional acostumbrada a sufrir le susurra, sin mucho convencimiento, que lo que hace no está bien. Ya no puede parar. Descontrolada la pasión sobre su cuerpo, las manos se multiplican para acariciar los rincones más ocultos del escote y la entrepierna al tiempo que resbala la espalda sobre la puerta para finalizar sentada sobre el suelo de la habitación. Hasta que, por fin, con un último estremecimiento, llega a un clímax hecho de un placer, tan puro como veteado de vergüenza, que acaba por hacerla sentir verdaderamente mal.

Allí, sentada en el suelo y desarbolada como un velero atrapado en un tifón, arranca a llorar desconsoladamente. Sin embargo, sus lágrimas no son fruto de la experiencia que acaba de vivir desde la ventana, no al menos en la manera que parecería propia de la situación. Más bien llora por la certeza de haber hallado una partícula primaria de su naturaleza que desconocía y que, ahora lo entiende, ha luchado por salir a la luz durante toda su vida sin éxito, silenciada por los convencionalismos, la educación recibida y la resignación a un destino impuesto, no sabe decir por quién.

Poco a poco, María se repone del trance para tomar conciencia de que ya no siente vergüenza, en su lugar hay firmeza y decisión, pues el pensamiento que cruzó su mente, sentada sobre el muro del salón mientras contemplaba el advenimiento de la misma muerte sobre la chica desconocida, ha calado en ella para siempre. Mirándose, ya de pie, mientras se quita la bata y recompone la ropa, como en *Lo que el viento se llevó*, se dice a sí misma: «A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre»; y firme en su nueva condición de depredadora decide

que tiene que saber más de lo ocurrido en el callejón de la bodega.

Como la buena chica que creía ser, hace una llamada a casa para advertir que tardará en llegar, no demasiado, pero tardará. Está claro que, dada su condición de testigo del asesinato, no conviene a su intención aparecer como la descubridora del cuerpo, así que decide relajarse y esperar a que sea otro quien finalmente lo haga.

Desde hace mucho tiempo ha pensado en forzar la puerta que da acceso a la bodega de botellas del local para dar cuenta de alguno de los tesoros que a buen seguro contiene, pero su sentido de la honradez se ha opuesto constantemente a semejante cosa. Hoy es el día. Busca en el cuarto de personal, entre las taquillas abiertas de par en par cree haber visto uno, un martillo con el que sin titubear acaba con la falsa ilusión de seguridad que aparenta el candado de la puerta de la bodega de botellas.

En realidad, no sabe muy bien qué vino escoger, jamás supo distinguir por añadas o cosechas, pero como tiene claro que de aquellas botellas solo cabe elegir entre lo excelente y lo sublime, agarra un tinto lujosamente envasado, lo descorcha allí mismo y se sirve una copa generosa con la que sale hacia el amplio sofá que preside el hall de la bodega.

Tumbada sobre la sábana que cubre los cojines, María enciende otro cigarrillo y con cada bocanada va serenando su ánimo exaltado. Empieza a distinguir claramente que, por más que le cueste admitirlo, lo que brota de su interior es real. No es producto de la locura transitoria que parece haberla poseído. Es pues, el momento de planificar en detalle lo que le ronda por la cabeza, pues al cambio de rumbo que ha dado su vida debe seguir, como la noche al día, cambiar la existencia de otros en la dirección que ella, y solo ella, decida.

La primera cuestión que aborda su pensamiento es: ¿quién es la chica que acaba de morir?, y ¿quién es el que le ha dado muerte? No se pregunta por qué, pues cree haber entendido el motivo grabado en la actitud, en los movimientos y hasta en la forma de despedirse del asesino. Es la ira provocada por la imposibilidad de tener lo que otros poseen, por los celos hacia lo que jamás te ha pertenecido del todo, la injusticia de la felicidad mil veces negada que también ella ha sufrido.

Tiene claro que, para encontrar respuestas, debe acceder a la información que con toda seguridad circulará por los alrededores de la calleja en cuanto sea descubierto el cadáver. Lo normal debe ser que la gente del barrio se concentre en la zona para comentar y chismorrear sobre lo ocurrido. Ella estará allí, entre los curiosos, dispuesta a aprender y conocer los detalles que cualquier desconocido quiera revelar en torno a los protagonistas del suceso. Así que espera lo que le parece un tiempo prudencial antes de volver a la ventana del piso superior. No quiere que la

descubran accidentalmente y terminar el día contestando mil preguntas.

Ha subido ya dos veces al salón sin que nada haya cambiado. El cuerpo sigue a la espera de un descubridor que no acaba de llegar, hasta que un par de copas de vino después, escucha claramente desde su posición voces masculinas que, sin duda, suenan alarmadas. Es entonces cuando María coge su bolsa, mete la copa y la botella casi vacía dentro y sale por la puerta principal a una espléndida tarde de mayo.

En el tiempo que tarda en recorrer la distancia a la calle trasera, una verdadera turba de personas se ha congregado en el lugar del hallazgo. Ella se acerca con precaución a la zona, en el fondo teme que alguien pudiera, de alguna manera, haberla visto aquella tarde asomada a la ventana. Camina entre la gente que, efectivamente, ya comenta la desgracia de la chica hasta llegar a situarse entre el grupo de los que, al borde mismo de la calleja, se escandalizan de la visión al tiempo que no dejan de mirar el resto que queda de Alicia.

María tampoco puede dejar de mirarla, fascinada por su rostro, que se le antoja sereno a pesar de la brutalidad de la grotesca postura en que ha quedado y la gran cantidad de sangre derramada, cuando con gran revuelo llegan al lugar los primeros coches de policía. Aunque los curiosos vecinos no hacen amago de moverse, ella sabe que se ha de retirar y lo hace justo antes de que el primer agente comience a dar órdenes para despejar el lugar.

Cruzando la calle, se asegura de situarse en primera fila para tener, desde la acera opuesta, la mejor visión posible de los acontecimientos. Así, observa durante mucho tiempo el ir y venir de los agentes, la absurda entrada de ambulancias decididas al imposible de salvar una vida que ya no es, prestando atención a los comentarios de la gente que la rodea. Un policía de paisano, que parece ser el que lleva la voz cantante allí, y al que llaman Vallejo, ordena colocar los vehículos entre la calleja y la masa de gente concentrada enfrente, lo que la obliga a desplazarse unos metros a la izquierda para poder ver entre los coches. Alicia, dicen que se llama la chica y que vive en el número veintidós de esa misma calle. Vivía, piensa. También escucha comentar a una señora, una tal Paquita, a la que al parecer muchos conocen, sobre el carácter alegre de la chiquita muerta y que, por todo defecto, se le achacaba desde pequeña una escasa relación con otros niños del barrio, prefiriendo andar por ahí con gente de mayor edad, especialmente con su hermano, al que siempre pareció muy unida. Ningún comentario que la lleve a intuir dato alguno del desconocido que le quitó la vida, confundida la gente sobre si ha sido uno o varios los criminales.

No parece que de las habladurías de la vecindad vaya a obtener información que le ayude en su propósito, más allá de la que ya tiene. No debe haber entre el público nadie de la familia de la víctima porque, aparte de la charla con el hombre que al parecer descubrió el cadáver, Vallejo no se entrevista con nadie, no hay escenas de dolor fraternal, no hay llantos ni desesperación significados en ninguna persona concreta de entre los presentes. Decide, sin saber bien cómo justificarlo, hacer un movimiento casi absurdo por temerario y encamina sus pasos hacia la casa que ocupa el número veintidós.

Mientras sube los escalones de la entrada piensa en presentarse como una amiga que pregunta por Alicia, segura como está de que dentro no saben nada de lo ocurrido, y pulsa el timbre que hay a un lado de la puerta. Las piernas le tiemblan esperando escuchar los pasos que han de abrirla, pero nadie acude a su llamada. Vuelve a pulsar con idéntico resultado y, de repente, la excusa que tiene en la cabeza se hace débil, difícil de justificar en un momento como ese. Mejor será volver al lugar de primera fila que ocupaba en este acto y donde, al menos, tiene la esperanza de conocer más sin ser descubierta.

Ha pasado más de una hora cuando María repara en un hombre alto que lleva un maletín de piel en una mano, impecablemente vestido con un traje de color azul oscuro, camisa blanca, corbata negra y los zapatos más brillantes que ha visto jamás. Camina entre la gente con la seguridad de un león entre el ganado, fija su vista en un punto que está detrás de los coches que cortan la calle. Debe tener más o menos su edad, calcula ella, y medir al menos un metro y noventa centímetros, de complexión fuerte, con un cabello oscuro al que adornan ya algunas canas sobre las sienes, no demasiadas pero visibles desde la distancia. Por un momento, el desconocido gira la cabeza y sus miradas se cruzan apenas una fracción de segundo. La intensidad de esa mirada en los ojos de Caín es tal que María, incapaz de soportarla, desvía la cara como abofeteada por una mano invisible al tiempo que el corazón se le acelera, impulsado por una descarga inesperada de adrenalina, solo para volver a mirarlo un instante después y ver cómo se acerca a ella con paso seguro.

El desconocido se ha situado justo a su lado. Casi puede sentir el calor de su cuerpo. No la mira, no dice nada. Simplemente permanece inmóvil junto a ella, observando, hasta que de improviso se dirige al policía de paisano que reparte órdenes.

—Perdone, soy Caín Silas. ¿Puede decirme si la persona que hay ahí tumbada es mi hermana Alicia?

Alicia Silas. Así se llama la chica muerta. Y Caín su impresionante hermano. María sabe, en ese instante, que la historia de su nueva vida empieza a escribirse sola y que los hermanos han de tener por fuerza un

papel protagonista en ella.

Aun así, no puede olvidar a la bestia que, convertida en hombre, abandonó esa tarde el callejón de la bodega.

Capítulo 5

parte 1

Es el local de moda en la ciudad, hace una espléndida noche de verano y lo más guapo del lugar se arremolina en la puerta en una interminable sucesión de modelazos esculturales y pretenciosos tipos, cargados de años, inconscientes del patético papel como pagafantas con posibilidades de éxito que les adjudica su dinero.

Dentro el lugar es una completa fiesta al aire libre donde corre el Armand de Brignac Brut Gold como si fuera agua del grifo. Un grupo de chicas chapotea en la piscina, jugando entre ellas al ritmo de la música del disc jockey del momento mientras, a su alrededor, cuarenta curiosos, copa en mano, escanean sus curvas con gesto complaciente. Mesas llenas de variopintos personajes adornan los laterales del recinto como si fueran un escaparate en el que se exhibe al público la ostentación de los que pueden pagarse un asiento allí. En la pista central una masa compuesta por cientos de cuerpos se agita al compás que marcan los graves del tema que suena. Entre la gente, una legión de físicos perfectos ligeros de ropa retiran vasos, copas y botellas, mientras en uno de los escenarios auxiliares, un grupo oriental ejecuta una performance que combina efectos de luz y movimientos frenéticos al ritmo de la música. Definitivamente, es todo un espectáculo.

Gael está alucinado. Sabe que, a sus veintinueve años, el pelo largo y una cerrada y bien cuidada barba le hacen parecer mayor. Le quedan por vivir muchas cosas, pero la vida casi espartana que ha llevado hasta hace poco jamás dejó que su imaginación soñara con poder verse en el paraíso terrenal que esta noche le recibe, codeándose con lo más selecto de la gran urbe.

Está ahí por el empeño de su primo Álvaro, apenas diez años mayor, abogado de brillante porvenir en un próspero bufete al que, hace ya algún tiempo, se incorporó también Gael. Álvaro ha visto como, en pocos meses, su primo se ha convertido en su jefe adelantándolo por la derecha y se alegra sinceramente de que sea él quien le imparta órdenes en el departamento de internacional. Se caen bien y se complementan profesionalmente como si hubieran crecido juntos en el mundo del derecho.

Álvaro es el rey de la fiesta. Entre saludos, risas y abrazos en la puerta, han tardado casi media hora en acceder al interior del local. Una vez dentro, Gael ha sido presentado en varios grupos de amigos como el primo chico que triunfa aún poco para lo que terminará por conseguir en

unos años. Pero él, que está del todo seguro de que el derecho no es la única pasión de su vida, consciente de la carga de dificultad del reto que supone la afirmación de su primo, hace rato ya que está en otra cosa.

Nada más poner un pie en el local sus ojos, casi con vida propia, dirigen su atención hacia una impresionante chica que charla animadamente en una de las barras con un hombre de bastante más edad que la suya.

Mientras Álvaro habla y bromea sin parar, él permanece ausente, incapaz de prestar atención a nada ni a nadie que no sea la chica de la barra. Solo un minuto después, está tan deslumbrado por la desconocida que incluso le molesta ya la confianza que se toma el hombre que, agarrándola por la cintura le susurra, entre risas, algo al oído.

—... ¿Verdad Gael? ¿Gael? Pero, ¿dónde estás, chico? —le grita el primo para hacerse oír por encima del ruido ambiente.

—Perdona, ¿qué decías? Estaba distraído —contesta volviendo la cara hacia el grupo de amigos que tiene delante.

—¡Y que lo digas, machote! Te has quedado muerto con la rubia, ¿eh? ¡Jajaja! —Ríe Álvaro de buena gana, señalando con un gesto de cabeza hacia donde está la chica, de la que solo alcanza a ver la espalda y el hermoso pelo—. Estábamos diciendo que vamos a sentarnos en una mesa y yo he comentado que tú, seguramente, preferirías darte una vuelta por aquí. ¿A que estoy en lo cierto?

—Ah. Sí. Claro, claro. No pienso sentarme hasta que no haya visto bien todo esto. ¡Joder tío, qué puñetera pasada de sitio! ¡Estoy alucinado! —dice Gael, señalando a su alrededor con los brazos abiertos y una enorme sonrisa—. Iros vosotros. Os busco en un rato. Cuando me canse.

Apenas acaba de decir esto y ver al grupo alejarse cuando vuelve inmediatamente a la rubia increíble que, ahora con un brazo apoyado en el hombro del tipejo que la acompaña, mira hacia él por un instante. El corazón le da un vuelco violento, pues le parece entender que ella acaba de dedicarle una sonrisa. Está seguro, ha durado solo un instante, pero aquella sonrisa era inequívocamente para él y no va a perder el tiempo dando más vueltas al asunto, así que, sin pensarlo dos veces, se dirige hacia la barra para situarse justo entre la chica y su acompañante y, dando la espalda al tipo al tiempo que clava en ella los ojos, comienza a hablar tan exaltadamente que casi resulta atropellado por sus propias palabras.

—Estoy perdido. Hago seiscientas cosas al día, pero creo que, mientras voy terminando una tras otra, mantengo la esperanza de poder aparcar el resto de inmediato por una llamada tuya. Miro a la gente que me habla, a veces ni los entiendo, solo para sorprenderme a mí mismo recreando

mentalmente tu imagen. Salto hacia el móvil porque me ha parecido ver de soslayo el parpadeo verde de un nuevo mensaje. A veces es cierto y otras no, lo sé de antemano, pero aun así no puedo evitar comprobarlo de inmediato.

»Ni siquiera estoy seguro de no estar equivocado, de si en el fondo soy solo yo el que imagina que la atracción que siento hacia ti pueda ser mutua. Lo que sí sé es que no puedo pararlo, que no quiero hacerlo. Por primera vez, en tanto tiempo que no puedo precisarlo, vuelvo a sonreír casi con cualquier cosa que me cuentas porque te veo tal y como has sido siempre en mi recuerdo. Un recuerdo del que nunca acabaste de desaparecer pese a las personas que han pasado por mi vida, a los años transcurridos y a las mil batallas ganadas y perdidas que han tenido lugar mientras tanto.

»¿Recuerdas que una vez me preguntaste si podíamos acabar haciendo daño a alguien y yo contesté «no lo sé»? Temo que, al paso de los días, la duda desaparezca evaporada por la certeza de que me dé igual quién pueda resultar dañado, incluso si soy yo mismo, y al segundo siguiente pienso en lo que ya he construido a mi alrededor y que me veo incapaz de derribar. Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero, ¡joder!

Ella sonríe divertida, sin inmutarse ante la declaración intempestiva y paranoica del muchacho, al que parece no conocer absolutamente de nada y, mirando por encima de su hombro derecho, se dirige al que hasta hace un momento la acompañaba.

—Perdona Esteban, este es Alfredo, mi novio desde que éramos niños. Hemos estado un tiempo separados y, bueno, en fin... siento todo esto. No quiero que te molestes, pero, en realidad, lo estaba esperando. Te agradezco la copa. Ya nos veremos por aquí otro día. —El hombre no dice ni media palabra, tan sorprendido por lo que acaba de ocurrir que ni siquiera repara en la diferencia de edad entre los supuestos novios, bastante evidente para un buen observador, que desmontaría completamente la historia por improbable. Ni siquiera dice adiós cuando agarra su copa y se larga lanzando al chico una mirada cargada de desprecio.

—Pero hombre, ¿te has vuelto loco? ¿A qué ha venido todo ese discurso? y ¿quién coño eres tú? En sus labios continúa dibujada una sonrisa, ahora de circunstancia, que desarbola el ímpetu de Gael y lo baja a la Tierra al instante.

—Perdóname. No sé qué me ha pasado. Menudo rollo que he largado. Es como si alguien lo hubiera puesto en mi cabeza, no tengo ni idea de por qué —acierta a balbucear torpemente, un poco avergonzado por lo que acaba de hacer—. De verdad, lo siento. Te dejo tranquila. He sido muy

desconsiderado.

La chica, ante la inminente huida, lo agarra por el brazo y se ríe abiertamente.

—¡Venga hombre, por Dios! Con el entradón que has hecho ¿te vas a largar así?... de ninguna manera. Vamos a bailar, a ver si se te pasa esa tontería que llevas encima y te tranquilizas un poco. —Y sin soltar el brazo de Gael lo arrastra hasta una pista llena de cuerpos sudorosos que saltan al ritmo de David Guetta.

De cerca se le antoja aún más increíble. No parece tan joven como aparentaba desde la distancia, pero desde luego es una mujer preciosa. Mientras se mueve delante de él, ella mantiene la mirada clavada en sus ojos y una media sonrisa que lo enloquece. Diminutas perlas de sudor aparecen sobre la piel de su frente y en el escote, recogiendo la luz de los focos en una sinfonía de brillos que la hacen cada vez más y más deseable. Lleva un hermoso vestido blanco, con un estampado de flores rojas y doradas, muy corto, tan ceñido que solo un cuerpo como el suyo podría lucirlo sin desmerecer, y tacones de vértigo en unos zapatos que dejan los pies casi totalmente al descubierto para realzar unas piernas largas y bien formadas. Cuando ella cruza los brazos sobre su cuello, acercándose hasta aplastarse sobre su cuerpo, Gael ya ha perdido la noción de la realidad. Completamente rendido a la mujer que tiene delante, la rodea por la cintura para acercarla aún más, con más fuerza. Ella responde, sin dejar de mirarlo a los ojos, acentuando la sonrisa y apoyando su frente en la del chico por un instante para, un momento después, decirle al oído que lo mejor será ir a buscar otra copa.

Mientras una camarera les dirige a una mesa que milagrosamente ha quedado libre, Gael busca con la mirada a su primo y lo encuentra en la distancia, justo en el mismo sitio en que lo dejó y con la misma gente. Apoya un brazo en la espalda de la chica rubia y levanta el que le queda libre saludando para tratar de llamar su atención, pero Álvaro no se da por aludido. Está inmerso en las risas, la charla y las copas, así que Gael, que quiere presumir de semejante acompañante, no puede evitar el fastidio de que su conquista pase desapercibida.

—Mira, perdona mi entrada, de verdad. No he podido evitar verte desde el mismo momento en que he llegado y, sencillamente, no he conseguido resistirme. Soy Gael Leal y, desde esta noche, también un tipo con suerte. —Ya sentados a la mesa, recupera la seguridad en sí mismo—. ¿Qué quieres beber?

—Una botella de Fillico, por favor. —Gael, que no sabe lo que es eso, pide otra. En realidad, no le importa, pero cuando la camarera anota el pedido

y se marcha, pregunta:

—¿Se puede saber qué hemos pedido?

—¡Jajaja! Es agua mineral, hombre. ¿No conoces la marca? Pues es una de las más puras del mundo. Se produce en Kobe, en Japón, y es la que se utiliza para hacer el mejor Sake que puedas comprar con dinero. Además, solo por la botella merece la pena pedirla. Es una maravilla, con cristales de Swarovski y todo. Un poco cara, pero fantástica. Te gustará, seguro.

Mientras la chica habla, Gael ya está buscando en la carta de bebidas que hay en la mesa. Doscientos quince euros la botella. Pero, ¿de verdad es solo agua? Va a ser un tajo brutal para su poco acostumbrada al derroche tarjeta de crédito, aunque, en el fondo, lo da por bien empleado con tal de retenerla a su lado un poco más. Aun así, tiene que esforzarse para esbozar una falsa sonrisa como de «no pasa nada, puedo pagar eso y mucho más».

Y de ese modo, como el recién llegado al mundo de las cosas caras que es y envuelto en su buena estrella, empieza a descubrir que, además de hermosa, su acompañante es divertida, con un punto de sofisticación especial y buena conocedora de los ambientes nocturnos de la ciudad. No puede dejar de mirarla, y mientras ella relata entre risas, una tras otra, historias y anécdotas que le han pasado, Gael encuentra en su rostro una pequeña cicatriz que parte en dos su ceja izquierda solo para hacerla aún más interesante.

—Por cierto —dice ella—, me llamo María Martín y creo que también soy una chica con suerte.

CAPÍTULO 5

parte 2

Desde la distancia, Álvaro por fin ha visto cómo su primo charla animadamente con la rubia, que antes estaba en la barra, en una de las mesas del local y sonrío para sus adentros al comprobar que se acercan uno al otro mientras se hace perceptible, incluso desde lejos, cómo va creciendo la tensión sexual entre ambos. No esperaba menos de Gael, al

fin y al cabo, cabría de él que interpretara correctamente su papel como un Leal y los Leal han sido siempre conquistadores natos.

De vuelta a las risas con sus amigos, Álvaro no puede ver cómo María y su acompañante abandonan la mesa, agarrándose por la cintura, con intención de marcharse.

—Quiero enseñarte una cosa. ¿Vamos a mi casa? —le ha dicho ella, y Gael, con una sonrisa cómplice en la cara, no ha dudado un segundo en la respuesta.

—¿Nos vamos ya? —Sus ojos, tan rebosantes de deseo que incluso han cambiado de color imaginándola, sin saber bien por qué, tumbada sobre una mesa mientras él busca con la boca entre sus piernas.

Así, salen de la discoteca hacia el coche de María, un espectacular Porsche Cayenne Turbo de color negro mate, estacionado en una zona VIP del aparcamiento del local. Gael se percata del detalle y entiende que ella es cliente asidua, pero sus pensamientos se ven interrumpidos al instante cuando, ya sentados en el interior del vehículo, la chica sin mediar aviso previo lo agarra por el pelo y comienza a devorarle los labios con ansia. Él desliza sus manos bajo el vestido blanco para responder al interés que muestra ella por el interior de sus pantalones y la situación se torna irreversible. Sin importar si alguien puede ver lo que pasa en el coche, sin frenos ni inhibiciones, se dedican media hora de lo mejor de sí mismos en la banqueta trasera, media hora en la que ambos se regalan todas las habilidades de las que son capaces, con urgencia y sin miramientos. Una auténtica explosión de «lujuria», palabra que, según Álvaro, indica mucho más allá de la lujuria ordinaria, desenfreno absoluto.

—Chaval, eres increíble. ¡Vamos a mi casa que te vas a enterar! —María se ha acomodado el vestido, atusado el pelo y está ya al volante del Porsche—. ¡Venga, vente delante! ¡Que nos vamos! —Gael, con la cabeza aún girando sin control en un vórtice infinito y acabando de subirse el pantalón, sale de la parte trasera para colocarse delante junto a ella, sin tiempo apenas antes de que el coche salga disparado hacia la carretera que lleva al centro de la ciudad.

María conduce como un diablo atravesando las calles a toda velocidad. Los edificios desfilan por la ventana de Gael, uno tras otro, como en una sucesión de fotogramas. Son las cinco de la mañana y la vida del resto de los mortales aún dormita indolente, ajena a las historias que propicia la noche. El viaje no dura mucho y en solo diez minutos se detienen frente a un edificio de aspecto señorial en pleno centro. Al instante, aparece un empleado del edificio que saluda y espera a que la pareja abandone el coche para llevarlo hasta el garaje de la finca.

—Joder. Vives bien. Vaya edificio. ¿A qué te dedicas si puede saberse?

—Aparentemente impresionado, no ha podido evitar el comentario.

—No preguntes tanto y sígueme, anda —dice María con tono cariñoso mientras se abraza al chico y le besa suavemente en la mejilla para agarrarlo después de la mano y cruzar el lujoso hall hacia los ascensores.

Ya dentro del ascensor, ella pulsa una secuencia de números que ordena al aparato dirigirse al ático del edificio, inaccesible sin conocer la combinación, para unos segundos después abrir sus puertas en la planta 52, directamente al interior de un recibidor que forma parte del propio apartamento de María. Gael entiende que está en una estancia de cortesía, destinada a la espera para poder entrar en la vivienda, atravesando la enorme puerta de doble hoja de madera labrada que tiene justo enfrente, pero no puede por menos que asombrarse ante lo impresionante de una sala decorada de forma sublime con muebles de diseño contemporáneo y que destaca por sus cinco o seis metros de altura coronados con una cúpula de cristal a través de la que es visible lo que aún queda de noche.

—Pasa. Ponte cómodo —dice María, abriendo las puertas que dan acceso a un gran salón en el que llaman la atención un hermoso piano Fazioli y una amplia escalera de caracol que sube a la planta superior—. ¿Quieres una copa? —Mientras habla camina por la estancia hacia una pequeña barra de bar situada en un rincón, quitándose los zapatos primero y el vestido después, para buscar entre las botellas de la estantería y preguntar con una sonrisa—: ¿Whisky? ¿O quieres más agua?

Él se ha sentado en el inmenso sofá de cuero blanco que preside la habitación y observa sus movimientos casi felinos mientras, desnuda ya completamente, llega hasta el bar y le habla. Embriagado en todos y cada uno de sus sentidos, no recuerda un momento igual ni una mujer más sensual ni más atractiva que esta.

—Whisky, por supuesto. Solo con hielo, por favor. De ese mismo —dice respondiendo al gesto de María, que le enseña una botella de Macallan Lalique II.

María prepara dos vasos y se acerca con ellos en la mano, exhibiéndose, atravesando el salón hasta dejarlos en la mesa baja. Se sienta al lado de Gael para abrazarse a él y apoyar la cabeza en su pecho.

—Joder, chico. ¡Qué cansada estoy! —Lo mira desde abajo—. Pero no tanto como para dejarte escapar vivo. ¡Jajaja! —Mientras habla, baja la cremallera de su pantalón y allí mismo, sobre el sofá blanco de cuero, vuelven a comenzar las caricias y los juegos que terminan en otra sesión de sexo, incansables ambos ante la excitación de descubrir un cuerpo

nuevo.

—El siguiente asalto en mi cama. Ven. —Ella se levanta y, subiendo por la escalera, le indica el camino con un gesto de la mano. Gael la sigue hasta una enorme suite con tres paredes de cristal unidireccional que hacen que el espectáculo de la ciudad iluminada se convierta en la más lujosa decoración posible. Es cierto, hay una gran cama cuya cabecera se apoya en la única pared convencional de la habitación, pero solo la utilizan cuando ambos, ya exhaustos, deciden darse una tregua. Abrazados sus cuerpos, no tardan mucho en ser vencidos por el sueño que reparará el cansancio de las batallas que han librado esta noche.

El sol comienza a iluminar descaradamente la estancia y María abre los ojos aún rodeada desde atrás por los brazos de Gael. Durante unos instantes no hace ningún movimiento para, lentamente y con cuidado, separarse de su amante y darse la vuelta en la cama para mirarlo de frente. Allí, a su lado, yace plácidamente dormido y satisfecho un hombre que sabe está impulsado por intenciones distintas a las que ya le resultan habituales. Porque siempre es igual con los hombres que se acercan a ella. Lo ve en sus caras, en sus gestos, en sus manos. Todos piensan que han ganado en la lotería que tiene por premio a la tía buena con pasta, viciosa y cariñosa a la vez, que ella les muestra intencionadamente. Todos se esfuerzan por hacerla gozar esperando tenerla después para usarla a su antojo, como si ese esfuerzo debiera ser correspondido eternamente. Todos egoístas sin otra intención que disfrutar de su cuerpo y, cuando creen que ya lo tienen, de su dinero. Carne para unos días, nada más, eso es lo que son.

Sin embargo, este chico con aire inocente le resulta diferente. María sabe que no duerme a su lado porque busque su dinero. Tal vez sea por la ingenuidad rebotante con que se ha entregado a ella, porque la mira como si realmente fuera algo especial para él o porque, justo antes de caer dormido, le ha susurrado al oído un sorprendente «te quiero». Nunca antes le había pasado y, desde luego, no lo esperaba tampoco de Gael.

Mirándolo tumbada junto a él, tan cerca que nota su aliento, María está confusa. Su instinto le pide a gritos finalizar el asunto como debe hacerlo, pero algo la frena. Curiosidad, tal vez. Cansancio, puede ser. Sea cual sea el motivo, se levanta de la cama y contempla desde un lado el hermoso cuerpo del amante que duerme completamente ajeno a la decisión sobre su destino que ella debe tomar justo en ese instante. «¡Qué diablos! Hay tiempo para todo», piensa. Pulsa el botón del mando que oscurece los cristales de la habitación y, poniéndose una camiseta larga que saca de un armario, baja con la intención de hacerse un café.

Mejor zumo de naranja, tostadas y café. Tiene hambre y da cumplida cuenta del desayuno como si estuviera compitiendo con alguien. Come y piensa, no está segura de lo que debe hacer. Es mucho el placer del que se priva al no acabar con este hombre y quiere estar segura de por qué está dispuesta a dejarlo vivir. Aún con la taza en la mano, pasea inquieta por la cocina como si eso fuera a facilitarle la elección.

De repente, decide subir a la habitación. Casi a la carrera llega a los pies de la cama donde Gael continúa plácidamente dormido. Ella se acerca por detrás y, con una rodilla apoyada sobre la cama y un rápido movimiento, rodea su cuello con los brazos. Él, que nota el abrazo, responde entre sueños:

—Buenos días.

María, con la mirada perdida, acerca la cara a la suya y le dice bajito al oído:

—Sigue durmiendo, voy a hacer el desayuno. Te llamo cuando esté. ¿De acuerdo? —Y besándolo en la sien se dirige a toda prisa al vestidor, escoge unos vaqueros, una camisa blanca, unas deportivas y sale de la habitación comprobando que Gael ni siquiera ha cambiado de postura sobre la cama.

Unos segundos después ya se encuentra en el ascensor que la deja en el vestíbulo del edificio. Con un movimiento de cabeza saluda al conserje, que en ese momento aspira el suelo de sus dominios y sale a la acera con decisión. El aire fresco de la mañana la revitaliza, pero, aun así, no es suficiente para aliviar la presión que siente en el pecho. Es domingo y temprano, lo que equivale a que apenas hay gente en las calles. De todas formas, su destino está tan cerca que da igual que haya o no haya gente. Gira la esquina de su edificio y la vista se abre a una plaza en la que destaca, como un faro en la costa, la sede de CyberAct, la empresa de María, de la que ahora es dueña, señora y receptora de los fondos suficientes para mantener su altísimo nivel de vida.

Puede notar la angustia que crece en su interior y sabe que acabará por desbordarla. Pasa de largo, evitando por costumbre ser detectada por las cámaras de vigilancia del edificio y lo rodea para dirigirse a la parte trasera. Entra en un pasaje comercial y dentro de este, en un local con una escalera empinada que la lleva a un ascensor del que solo ella tiene conocimiento.

En breves instantes se encuentra en una habitación de mármol rosa, teclea la combinación que abre la puerta que hay junto al ascensor y sentándose en el sillón metálico atornillado sobre el desagüe que hay en el

centro de la sala, grita con toda la fuerza de que es capaz:

—¡A ver, María! Ya no eres la chacha enamoradiza que fuiste durante tantos años. ¡Decide de una vez, pedazo de idiota!